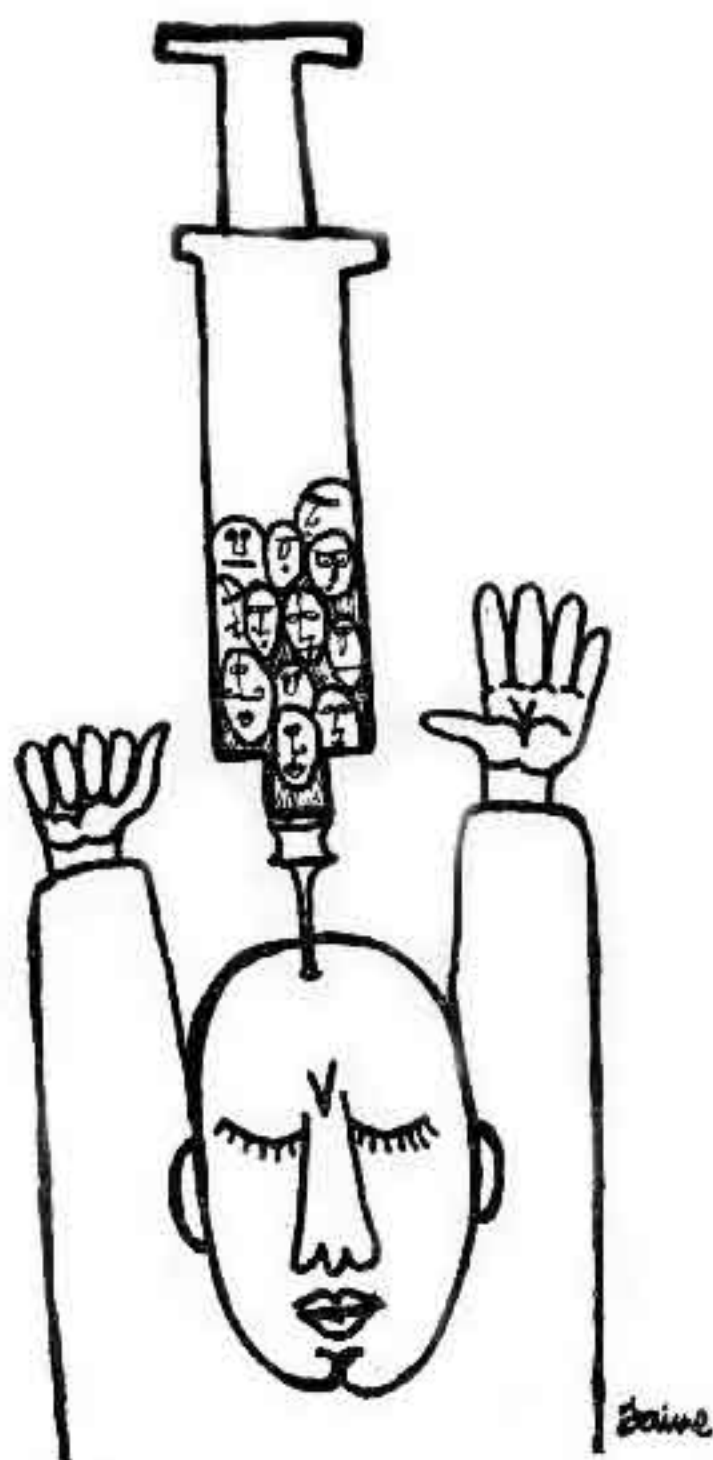


# Bibliografía

MEJÍA Valera, Manuel. *Un cuarto de conversión*. Edit. Joaquín Mortiz. Serie del Volador. México. Agosto, 1966. 129 p.

*Un cuarto de conversión* es el tercer volumen de cuentos del escritor limeño Manuel Mejía Valera. Está dividido en tres libros: *Lienzos de sueño* que consta de ocho relatos; *Deus, laudi tuae* de cuatro y *Un cuarto de conversión* de tres. El primer relato de *Lienzos de sueño*, "Nadab", está basado en una cita del Levítico: "Y los hijos de Aarón: Nadab y Abiú, ofrecieron rito extraño delante de Jehová. Y salió fuego delante de Jehová y murieron." Todo el cuento es la narración del suceso mencionado desde el punto de vista de Nadab, como una justificación de los actos idólatras que cometió llevado por su amor a los ritos y ceremonias suntuosas. Escrito en pretérito, en un tono parecido al de los evangelios, con acertadas descripciones, es una hermosa historia.

"El discípulo" plantea el problema psicológico de un joven poeta cuya admiración por otro poeta mayor que él famoso y consagrado, se convierte en lo más importante de su vida. El protagonista



Dibujo de Jaime Goded

encuentra tantas afinidades entre él y el otro que llega a pensar que está predestinado a seguir uno a uno los pasos de su maestro. Es el problema del hombre impotente ante el destino.

"La venganza" es un cuento muy acabado sobre un tema trivial. Las meditaciones y recuerdos de un hombre durante una noche de insomnio. Sus terribles proyectos para vengarse de un competidor que posee todas las cualidades que él desearía. Es un tímido intelectual que por la noche, en su imaginación, se vuelve feroz. Pero, con los primeros rayos del sol todo toma un cariz más pacífico; los destructivos planes son sustituidos por una venganza infantil que satisface bastante al protagonista y le devuelve la tranquilidad.

"El pescador" cuenta los pensamientos de un adolescente, imaginativo y distraído para quien lo único importante es observar el amor físico. Al lado de tan fascinante experiencia, todos los actos de su vida le parecen rutinarios y sin sentido. Está muy bien lograda la descripción de muchos detalles de la realidad, aparentemente insignificantes, que sugieren al soñador miles de imágenes y pensamientos.

"Lienzos de sueño", es una de las más curiosas e interesantes narraciones del libro. Se trata de la reseña literaria de un imaginario libro de relatos que guarda muchas semejanzas con el de Mejía Valera. El supuesto libro se llama "Lienzos de Sueño" (título de otro libro de Manuel Mejía Valera, como dato curioso), y su autor se llama Melds. Dentro del ficticio libro comentado hay otra reseña a otro libro imaginario, y otra dentro de éste, y así sucesivamente hasta el infinito, la explicación de este cuento la da el propio Mejía Valera al decir —refiriéndose al ficticio "Lienzos de Sueño": "Ante todo debemos rechazar la idea de que al autor le mueva el interés de un juego ingenioso. Hay una motivación más profunda. Con esta técnica de repeticiones infinitas, Melds quiere traer al lector del caos de la realidad a un cíclico orden metafísico. Cuentos en la entraña de otros cuentos: tal la fantasmagoría de la literatura, y quizá del universo y de la vida" (p. 58). Algunos de los comentarios al libro de Melds son perfectamente aplicables a *Un cuarto de conversión*.

Los tres últimos relatos de esta primera parte del libro: "Esta noche", "Rechúsa volver" y "Aunque el rayo da entera y clara noticia" son breves poemas en prosa, de especial encanto.

En la segunda parte del libro: *Deus, laudi tuae*, hay dos narraciones de "ciencia-ficción"; "El tiempo del fin" en el cual el color verde desaparece del mundo, y las consecuencias de este fenómeno sobre todos los seres vivos. En el otro, "Y al séptimo día" un científico y su alumno "construyen" una mujer, pero fracasa el experimento y quedan sumidos en el abatimiento. En ambos cuentos aunque con más intensidad en el primero hay un ambiente de magia.

"Deus, laudi tuae", basado en una cita anónima, es el relato de lo que piensa una joven condenada a morir quemada en la plaza pública, en los últimos momentos de su vida. Acusada de haber hechizado a un fraile y ser una bruja, hace una patética y emocionada evocación de los hechos.

En la "Canción de la higuera", de nuevo el Evangelio: "Jesús le dijo: Nunca más para siempre nazca de ti fruto." Y luego se secó la higuera (p. 92). Triste y poético relato en el que la higuera narra la desventura de su esterilidad.

"Una vez por todas", primer cuento de (*Un cuarto de conversión*) tiene como tema un paseo y una conversación entre dos amigos, los cuales sucesivamente se



quieren, riñen, se odian y se separan. Con la particularidad de que lo mismo hacen semana a semana, como un inevitable proceso cíclico. Otra vez el destino. Y la disección de una amistad cuya base es un mutuo desprecio y cuyo sostén es la recíproca necesidad de compañía que tienen.

En "Un cuarto de conversión", un joven provinciano se encuentra en la capital solo, sin dinero y sin trabajo, desea ansiosamente volver a su pueblo, a su casa, a su novia... Va a un albergue de beneficencia y sale asqueado de la miseria que ve ahí; pero al cabo de un rato de ambular por las calles, regresa, resignado ante lo inevitable.

"El gallito cojo" es una narración distinta de todas las demás del libro, por ser su protagonista un niño muy sensible. Todo el cuento está impregnado de ternura, podría ser incluso un cuento para niños. Está muy finamente captada la visión que de la realidad tiene el pequeño.

Casi todos los cuentos están basados en alguna cita. El lenguaje de Mejía Valera es rico, sin afectación ni rebuscamiento.

Podríamos decir del autor las mismas palabras que él dice de Melds en "Lienzos de sueño": "El mismo declara que ha llegado a la sencillez de su estilo, muy

lejos de la descuidada improvisación, después de años de laboriosa paciencia." (p. 20).

Edith Negrín

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *Cien años de soledad*.

¡Por fin un libro que relata una historia cronológicamente! Sin planos, ni transposiciones, ni formas raras, ni innovaciones estrambóticas; un libro que no necesita un lector con memoria prodigiosa y aspiraciones de arquitecto que deba sudar (intelectualmente hablando) para recrearlo y así poder asimilarlo. Un libro que no contiene escenas procaces, de esas que se suelen escribir (¡desde hace ya tantos años!) para asombrar y asustar al lector burgués (que ya ni se asombra, ni se asusta). Un libro que no aturde con alardes intelectuales, citas célebres, sutiles alusiones filosóficas, ni frases en francés, inglés o alemán. Un libro escrito en un castellano impecable, sin localismos, ni regionalismos, ni tan siquiera "colombianismos", que es fácilmente comprensible para cualquier lector de habla española y traducible, sin perder absolutamente nada a todos los idiomas.

Y pese a todos estos arcaísmos, *Cien años de soledad* es un libro muy bueno, uno de los mejores de los jóvenes autores de los últimos años.

Y no he querido decir, aunque lo parezca, que la novela de García Márquez no sea innovadora en el estilo, ni sencilla de aprehender, ni carezca de ideas filosóficas, ni esté fuera de nuestro tiempo, ni que no se hable de sexo, o no esté arraigada en Colombia.

En el estilo, podemos apuntar, aparte de la pureza del lenguaje, la perfección de la forma y sobre todo la adjetivación, con la que G.G.M. logra efectos sorprendentes.

La novela describe un pueblo colombiano a través de las vidas de diversas personas de una misma familia. Los acontecimientos nos proporcionan una visión bastante completa de los problemas políticos, sociales y económicos de una buena parte de América.

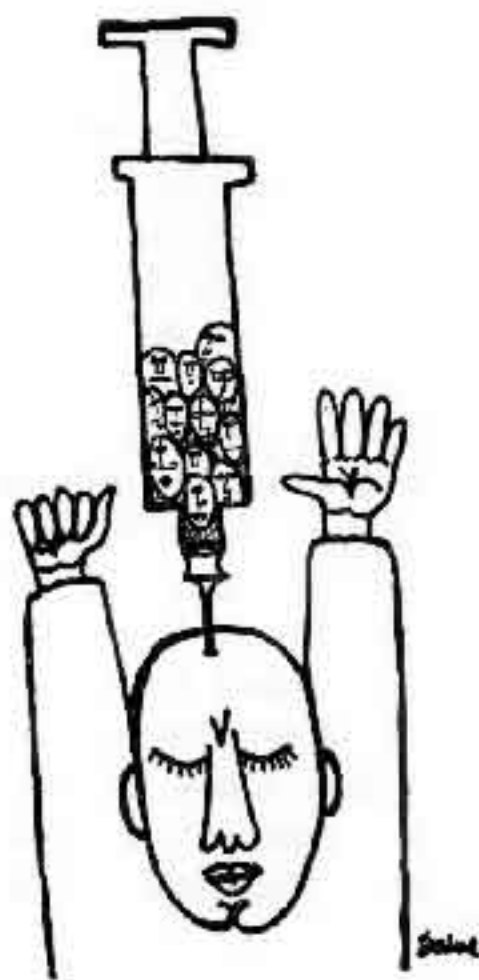
Los personajes están perfectamente delineados y cada uno simboliza una, o

varias, facetas humanas. Su vida está contada con sencillez, con un tono amable, cariñoso y en un clima de irrealidad poética que, paradójicamente, los hace más reales, tanto, que aunque su paso por la novela sea fugaz, no se borran de la memoria, precisamente por la poesía en que están envueltos y por sus acciones inusitadas, pero completamente humanas. Porque *Cien años de soledad*, a pesar de ser una novela con paisaje colombiano y usos y costumbres del país, refleja, a través de una realidad colombiana, una realidad humana.

Quiero insistir en la poesía, que es uno de los valores principales del libro. Poesía que se refleja en los actos, en los nombres, en las descripciones; poesía que forma parte intrínseca de la obra, creando un ambiente excepcional, actuando como contrapunto de una realidad que valoriza. *Cien años de soledad* es sobre todo un gran mito poético fincado en una sólida realidad.

Un libro conservador e innovador, sencillo y complejo, amable y amargo, imaginario y real. Un buen libro.

Mercedes Díaz



HENRY, Jules: *La cultura contra el hombre*, Siglo XXI, editores, S. A., México, 1967. 440 pp.

El libro que comentamos, surge en medio de los acontecimientos que parecen ser causa del declive moral que sufre la

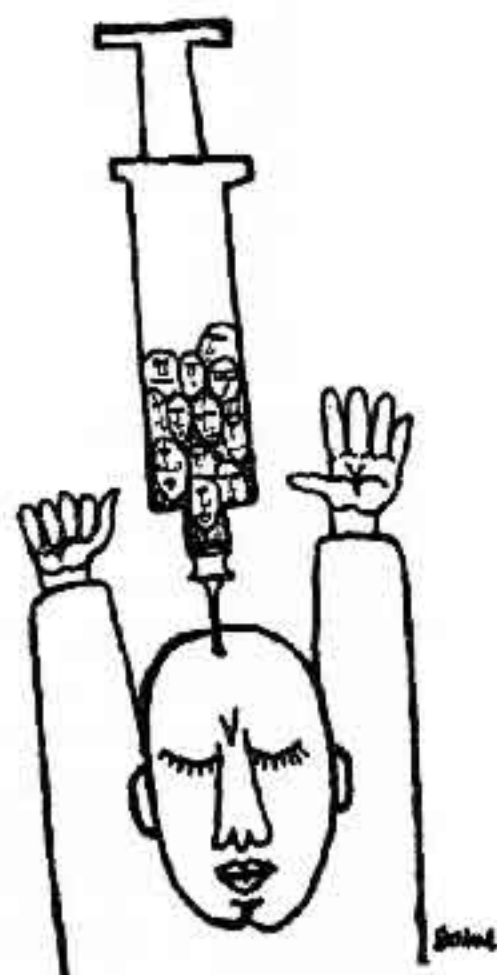
sociedad norteamericana y constituye una toma de conciencia radical frente al proceso negativo que afecta a esa nación.

Jules Henry, parte en su estudio de la premisa de que la cultura norteamericana es producto de una serie de impulsos: de realización, competencia, expansión, ganancia y movilidad, y, que el hombre sujeto a esta sociedad, ha sido completamente moldeado, "mediatizado" en su conciencia para aceptar como único fin de su vida la búsqueda de una mayor seguridad y de un nivel económico cada vez más amplio.

Los EE.UU., nos dice Jules Henry, en la primera parte de su libro, son resultado de sus vastos recursos naturales que hicieron posible, aunque no determinaron, su gran desarrollo industrial y técnico y éste, a su vez, engendró los medios para crear cantidades crecientes de productos, en variedad cada vez mayor, con la peculiaridad de que aumentan más rápidamente que la misma población. Esto ha dado lugar a un desequilibrio entre productos, máquinas, necesidades, trabajadores y recursos, y ha desembocado en una carrera continua entre mercancías y consumidores. Esta falta de equilibrio, no obstante, da vida a la economía norteamericana, puesto que alienta al productor, gracias al aumento de la demanda, ya que contribuye a la disminución del desempleo.

Lo grave de este hecho, es el afán de competencia, así como la búsqueda absoluta de mayores ganancias en la producción industrial que ha barrido con las funciones significativas del trabajo, lo ha deshumanizado. También, al recurrir a la "educación" del público para hacerlo comprar por medio de la publicidad, los empresarios han contribuido al empobrecimiento de la personalidad del norteamericano, quien trata de compensar esto mediante un elevado y creciente nivel de vida que lo hará sentirse reconocido por los demás y, por tanto, elevado a una posición más "humana", que podría interpretarse como "búsqueda de la desalienación".

El estudio de la publicidad, como instrumento coercitivo tendiente a crear en el público nuevas y falsas necesidades, lleva a Henry a definirla, como rasgo más esencial, como "expresión de una economía irracional que, para sobrevivir, ha dependido de la incorporación en la mente del norteamericano, como imperativo moral, de un nivel de vida fantásticamente elevado. "Para ello los publicistas norteamericanos, con base en una

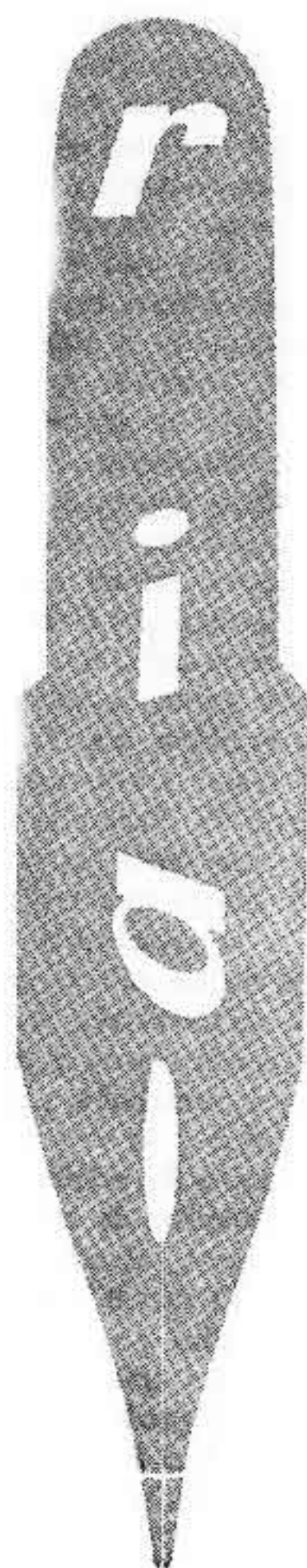


concepción existencial que el autor llama "filosofía pecuniaria", y con un método propio, o "lógica de la ganancia", obligan a la masa a pensar confusamente, y a ser impulsiva, pues si todos en Estados Unidos, dice Henry, "fuésemos lógicos, la economía no podría sobrevivir, y hay en esto una aterradora paradoja, pues con objeto de existir económicamente, tal cual somos, debemos tratar, con todas nuestras fuerzas de ser idiotas".

Y puesto que, en última instancia, toda cultura crea una filosofía a partir de sus propias necesidades, la publicidad ostenta ya, en los EE.UU., sus criterios de verdad, es decir, sustenta que *es verdadero sólo aquello que es bueno para vender*. Llegar a esta afirmación y aceptarla, es duro para el autor de "La cultura contra el hombre", quien reconoce que todo ello es la imagen, reproducida como en un espejo, de la realidad social que se vive en Norteamérica.

El temor a la Unión Soviética, obsesión que ha arrastrado a los EE.UU. a la carrera armamentista más desenfrenada de la historia, es el tema del siguiente capítulo del libro, en él, Jules Henry expone descarnadamente la actitud de su país, ante esta ecrucijada de nuestro tiempo, y condena el apego de los dirigentes norteamericanos a la guerra y a la muerte. Lo contradictorio de esta situación, dice Henry, es que, mientras que los países que se preparan para la guerra ponen en peligro el nivel de vida de sus habitantes, en EE.UU., "la industria norteamericana se expande y la desocupación disminuye en una atmósfera de guerra". Así, los miles de millones de dólares gastados en armamentos representan un auge económico y una vida cómoda, aunque se esté bajo la amenaza de la aniquilación. La *producción para el miedo*, como la llama Jules Henry, ha puesto la técnica humana al servicio de la destrucción del hombre, a la vez que se ha convertido en la fuente de sustento de un país, y en el equilibrador de sus contradicciones económicas; de ahí que el autor diga pesimísticamente, que al norteamericano no le queda sino *aceptar* "ahora, finalmente, frente a todas las negociaciones anteriores, la verdad... la muerte ha alcanzado santificación. Ya era tiempo. ¡Santa Muerte te saludo! Aquí en Estados Unidos, la muerte sustenta la vida.

Los resultados obtenidos de tal situación son desalentadores, pues los enormes ingresos que por contratos bélicos obtiene la industria ha arrebatado a las Univer-



sidades de Norteamérica sus mejores cerebros y ha acostumbrado a los norteamericanos a prosperar en un estado de zozobra tal que es difícil que exijan a su gobierno que se desarme y se decida por la paz, puesto que ésta amenaza su alto nivel de vida. Por otra parte, los dirigentes norteamericanos, cautivos también del temor general a la Unión Soviética hacen que el "congreso de los Estados Unidos, que invierte grandes sumas de dólares en instrumentos de muerte, se muestre renuente a proporcionarlo para construir una escuela o una carretera", sin alegar que "de no ser construidos, el comunismo triunfará por cientos de años".

En lo que resta del libro, Jules Henry nos demuestra cómo la sociedad industrial genera también hostilidad, insaciabilidad y el temor a volverse obsoleto y a quedar desvalido. Para ello realiza una serie de encuestas entre los grupos sociales que él considera más representativos, para llegar a la conclusión de que la tergiversación de los valores humanos de la cultura norteamericana se debe a la ansiedad, el conformismo y a las privaciones de la personalidad a que el mundo exterior, el hogar y la escuela somete a las gentes de todas las edades. Todo ello ha hecho del hombre de esa cultura un ser impotente para salvarla, puesto que sus fuerzas, en su mayor parte dispersas, mudas, confundidas y aplastadas, resultan incapaces para transformarla positivamente. "No le queda sino el camino de la desdicha, dice Henry en las conclusiones de su libro, porque así lo quiere la naturaleza que, si no lo destruye, lo

guiará por el camino de la perfección que misteriosamente se le ha asignado."

Si consideramos que la problemática que plantea la crisis de la cultura en los Estados Unidos es demasiado complicada, la obra de Jules Henry sale bien librada, pero, aunque las respuestas y soluciones teóricas que da a los problemas reflejan una honda preocupación por el destino de la humanidad, éstas no se hallan fundamentadas con rigor, a causa de un método que no termina de convencernos: las encuestas, a las que, además, se dedican demasiadas páginas. No negamos la validez de esta técnica puesto que aritméticamente es justa, sino que desconfiamos de lo que constituye una simple descripción numérica y parcial de la sociedad, que pierde veracidad cuando su evaluación, como hace Henry, se extiende a la escala nacional. El camino firme, científico, por el contrario, sería partir de los aspectos más evidentes de la realidad, para elevarnos progresivamente hasta la comprensión del movimiento total mediante el cual ella se constituye. Esto que se cumple, con ciertas reservas, en la primera parte de la investigación, desaparece casi, en las dos últimas, más cercanas de la técnica que de la ciencia. Esto determina que muchas de las concepciones de Henry, expresadas con la mejor de las intenciones, como corresponde a un hombre de ciencia, resulten apriorísticas o alejadas de la realidad y, de ahí también, sus palabras finales, muy cerca del determinismo fatalista.

Melvin Cantarell Gamboa

